

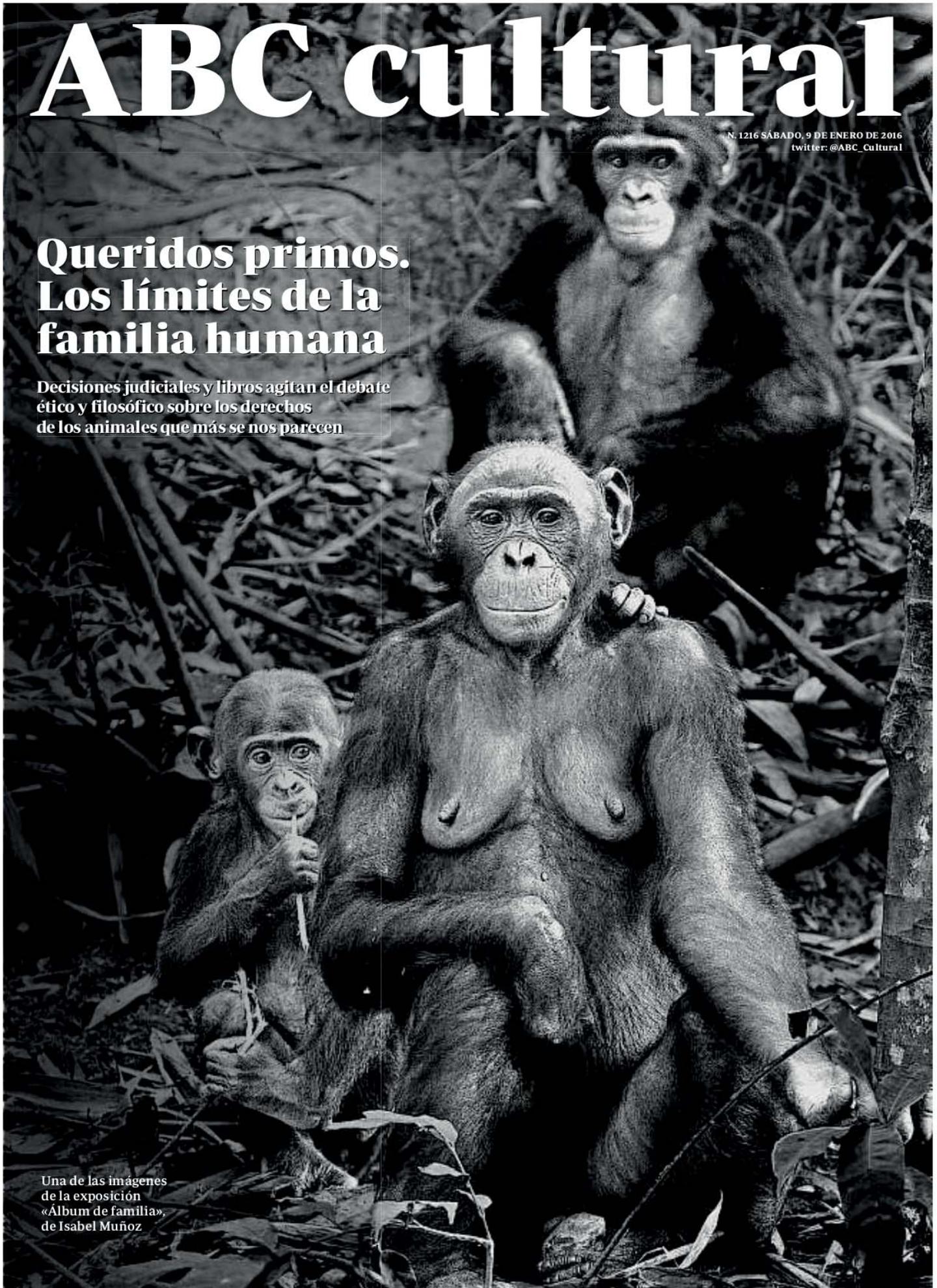
ABC cultural

N. 1216 SÁBADO, 9 DE ENERO DE 2016
twitter: @ABC_Cultural

Queridos primos. Los límites de la familia humana

Decisiones judiciales y libros agitan el debate ético y filosófico sobre los derechos de los animales que más se nos parecen

Una de las imágenes de la exposición «Album de familia», de Isabel Muñoz



QUINTA ESQUINA

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Lejos de los malvados

Hombres severos, de mirada acuosa no por las lágrimas de cocodrilo, sino por la presbicia, pueblan las noticias. Todos mienten. O han mentido. O mentirán. Son ídolos caídos, sátrapas incautos que confundieron su vida con la verdad. Tienen una edad venerable o se acercan a merecerla. Se apellidan Pujol, Blatter, Cosby, Strauss-Kahn. Han abusado de su poder para pervertir la realidad. Mientras hurtan su perfil a quienes antaño los veneraban, me recuerdan a Nixon, el cuáquero inefable, el mentiroso por antonomasia a quien Robert Coover regaló la auténtica inmortalidad, la de las ficciones, en una obra maestra: *La hoguera pública*. Hoy todos ellos son carne de actualidad. Pronto puede que se conviertan en humo de heremeroteca. En cualquier caso encarnan cierta arcaica sabiduría: la certeza de que, a pesar de los pesares, el hombre no aprende, y que lo que llama astucia es apenas orgullo.

Emprendo un largo paseo para olvidarme de sus rostros. Deambulo sin rumbo, lejos de sus gestos, para lavar de agravios la mirada. Y recuerdo un hallazgo de Oscar Wilde: «Las personas superficiales son las únicas que no juzgan por las apariencias. El misterio del mundo es lo visible, no lo invisible». El aviso para navegantes del inquilino de la cárcel de Reading previene contra el sentido común de las madres («Las apariencias engañan») y de la filosofía («Los órganos de la sensación son falibles»), al tiempo que advierte de la mística de lo secreto y de cierta tentación, fijada en un fragmento por Heráclito, nacida de una ascesis forjada en la fragua de la invisibilidad: «El hombre sabio, como la Naturaleza, ama ocultarse». Con su proverbial amor por la paradoja, Wilde desvela continentes enteros de realidad.

Mi excursión comienza en un umbral —una cortina vegetal que cubre el horizonte, un fieltro para la mirada, un *stop* severo— y concluye con la más célebre de las imágenes platónicas, la metáfora más *pregnante* que la literatura occidental ha generado a lo largo de veinticinco siglos de escritura: la sombra de un árbol reflejada en un muro, la caverna que nos habita y en la que habitamos, *fata morgana* del mundo y sus anhelos. Entre una y otra, alfa y omega de un recorrido que es una metafísica de la mirada pero también una ontología del paisaje, discurso por un universo de líneas rectas y arcos quebrados, ante un sucederse de abismos que son puntos de fuga y hablan de estancias cardinales, la feliz geometría de la materia dispuesta ante el ojo de un observador voraz, clínico.

En su *Libro de los pasajes*, truncado tras su suicidio en Port Bou durante el nefando año de 1940, Walter Benjamin señaló una laguna de su época: «Hemos empobrecido nuestra experiencia de cruzar umbrales. El dormir quizás sea la única que nos queda». Es notable que Benjamin, consumidor de hachís y, como tal, hombre flexible, el primer pensador que refle-

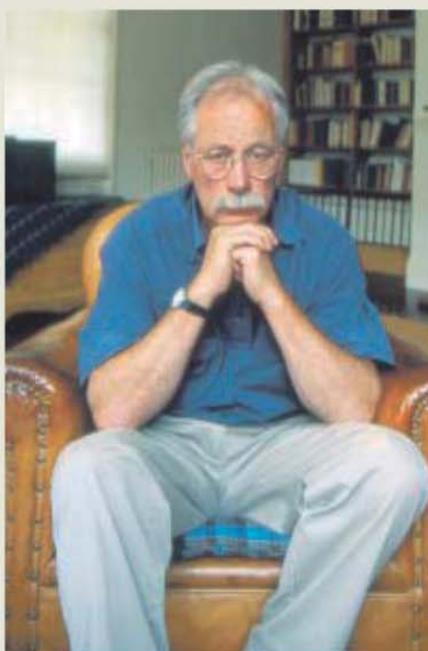
xionó con altura de miras sobre el paseante como epítome del *Zeitgeist*, mencionara al caminante como un gestor de aduanas, alguien que viola las fronteras entre verdad y apariencia, realidad y deseo, vigilia y sueño. Por desgracia mi peregrinaje se resiste a ser balsámico, aún lo ensucian las máscaras de la farsa que ocupan pantallas y papeles, de modo que intento concentrarme un paso por debajo de la escala de lo vivo, en el reino de los objetos.

Me obsesionan los objetos por su perturbadora inmanencia, por su desasosegante trascendencia. Inmanentes porque están ahí, esperando a ser escrutados, sin levantar la voz, pura presencia, puro enigma que aspira a ser desvelado y dicho, arrancado de su mudez totémica, devuelto al orden inteligible que aspiramos a promover; trascendentes porque nos sobrevivirán cuando el Holoceno colapse en la próxima glaciación, indemnes a la extinción de nuestra especie. Lo imagino por un instante: un mundo vacío de conciencias que lo interpreten pero poblado por cuadros de Caravaggio, latas de conservas, discos de 180 gramos, fucus de plástico, estetoscopios, estatuas de dioses, chatarra espacial. Qué enigma el de una Tierra ausente de latidos pero repleta de poliuretano, cartón, papel biblia, circuitos eléctricos.

Contemplando un astillero abandonado, las grúas devoradas por el óxido, los barcos incompletos varados en su propia solemnidad, me acuerdo de Sebald. El escritor bávaro tenía la vocación de los exteriores, ese oficio de merodeador que practicó con inigualable talento. Una tarea que puede ser considerada una ansia ambulatoria, un peregrinaje sin grial, la percepción de un caminante que recorre el mundo sin urgencia y quizá sin objeto, pero al cual, puesto en marcha por

indicios apenas presentidos, fuerzas desdibujadas u obsesiones imprecisas, acaba por asaltarle lo que podríamos denominar, con fórmula un tanto altisonante, «la prosa del mundo». Sebald trufaba sus libros con fotografías de espacios vacíos, lugares sin aparente relieve, apuntes del natural. Su propósito no era embellecer, enfatizar o desviar la atención del texto. Eran imágenes sin juicio, exentas de propósito moral. Daban fe (una fe distinta de la palabra) de que el mundo estaba ahí, como una fábrica constantemente expuesta. Sus textos, que en su mayoría no contaban otra cosa que el hecho de ponerse en marcha, la persecución de un nombre, una fecha o un rostro, eran tanteos en apariencia inocuos pero a la postre radicales, pues mediante el expediente del testigo arrojaban luz sobre los viejos temas de siempre: la historia y la Historia, el tiempo y el Tiempo, el hombre y el Hombre.

De regreso a casa los malvados siguen ahí. Se quejan, se exasperan, se dicen ofendidos. Pronuncian las palabras más altas y se llenan la boca con el juramento más profundo: la inocencia. Los contemplo sin piedad. Como si la vergüenza —y le robo la imagen a un gigante— hubiera de sobrevivirles.



W. G. Sebald

**Los límites de la familia humana**

«Sapolsky, las otras "memorias de África"», por Juan Malpartida [04]
«La falsa soledad del mono compasivo», por G. López Sánchez [06]
«Kafka, en el cosmos de la palabra», por Álvaro de la Rica [08]
«Retratos de familia», por Francisco Carpio [10]
«Cuestión de ADN», por Paloma Torres [11]

Libros
Chirbes póstumo

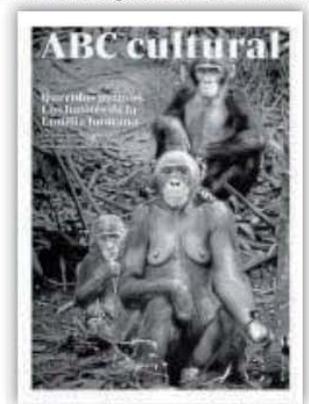
El cine según Steve Erickson [13]
Entrevista a Boualem Sansal [14]

Arte**El nuevo Museo del Hombre de París**

Unas becas Injuve muy irregulares [20]
Medina Galeote, fajador y estilista [21]
Entrevista a Will Gompertz [22]
Lo lírico y lo lúdico en Laramascoto [23]

Relato**«En lo que dura una canción»**

Portada: foto de la serie «Primates» (2015), de Isabel Muñoz, de su exposición actual «Álbum de familia» en la galería Blanca Berlín (Madrid)



ABC
PRESIDENTA-EDITORIA
CATALINA LUCA DE TENA

DIRECTOR: BIEITO RUBIDO RAMONDE
DIRECTOR DE ABC CULTURAL:
ALFONSO ARMADA
(aarmada@abc.es / @alfarmada)
REDACTORA JEFE: LAURA REVUELTA
(lrevuelta@abc.es / @laura_revuelta1)
REDACCIÓN: JAVIER DÍAZ-GUARDIOLA
(jguardiola@abc.es / @jguardiola) ANTONIO
FONTANA (afontana@abc.es / @afontanagallego)
DISEÑO: CRISTINA DE LA SERNA
DIRECTORA GENERAL: ANA DELGADO GALÁN
WEB <http://www.abc.es/cultura-cultural/cultural.asp> TWITTER @ABC_Cultural
D-L: M/41828/91.

ESPECIALISTAS EN SUBASTAS
TEMÁTICAS: VIAJES Y CULTURAS
LEJANAS, ART NOUVEAU Y DECÓ,
ARQUEOLOGÍA, VINOS, MODA Y
COMPLEMENTOS, etc.

COLECCIONES COMPLETAS
VISITAS A DOMICILIO SIN
COMPROMISO

DURAN
ARTE Y SUBASTAS

PREPARAMOS IMPORTANTES SUBASTAS

PARA 2016

**¡NO VENDA SIN
CONSULTARNOS!**

91 577 60 91

duran@duran-subastas.com



JUAN DE ARZEO, "Retrato de la familia Azcárraga"



Condecoraciones y objetos militares



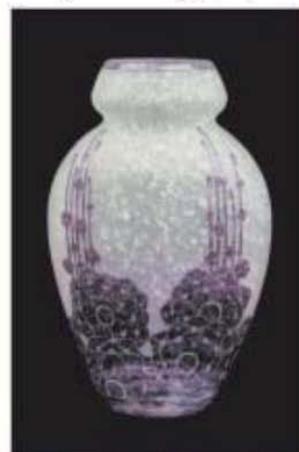
Reloj Rolex Cosmograph Daytona



JOAN MIRÓ, "Dibujo para Ubú rey"



Trumeau italiano S. XVIII



Jarrón de vidrio doblado Le Verre Française



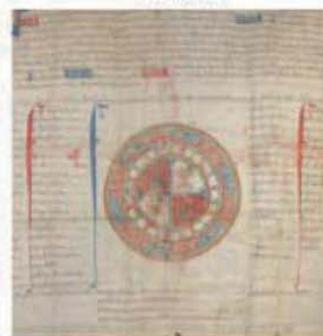
Caja de medicinas "byañ".
Cultura Fang



Máscara para sarcófago. Egipto 664 –
332 a.C



Vega Sicilia "Único"
1970



Privilegio rodado del Rey
Sancho IV. Toro 1287

VENTA DIRECTA ONLINE EN: www.duran-subastas.com

C/ Goya 19 – 1ª planta – 28001 Madrid ☎ 91 577 60 91 📠 91 431 04 87 ✉ duran@duran-subastas.com

Blog.duran-subastas.com Síguenos en



Sapolsky, las otras «memorias de África»

Jane Goodall, Frans de Waal, Dian Fossey... Primatólogos ha habido (y hay) muchos. Pero sólo uno, Robert Sapolsky, ha estudiado la relación entre la conducta social del babuino, su estatus, su vida emocional y las enfermedades que contrae, sobre todo las relacionadas con el estrés. Lo relata en «Memorias de un primate», un ensayo donde el rigor no está reñido con el humor

Aunque las fábulas hicieron hablar a los animales como si fueran humanos, en el mundo antiguo, y hasta hace muy poco, se pensaba que los animales eran una especie de autómatas. Es cierto que habría que analizar con detalle el universo oriental, el hinduismo o el animismo africano, para señalar aspectos excepcionales que solemos ignorar; pero el pensamiento hegemónico, en el que el platonismo y el cristianismo determinaron la relación con la naturaleza, y especialmente con los animales, el ser humano aparece como dueño de una inteligencia que parece no tener parangón más allá de su especie.

El cristianismo ha tenido sin duda una influencia decisiva, aunque no única, en esta sordera frente al mundo animal y la naturaleza en general. La primatología del siglo XX, sobre todo a partir de Jane Goodall (pero no se puede olvidar las observaciones muy anteriores del gran pionero, Charles Darwin, y, en otro orden, de Konrad Lorenz), comenzó a cambiar todo esto. Goodall hizo hincapié en las emociones de los primates, en sus aspectos cooperativos, incluso compasivos. Las emociones son la base de los sentimientos. También asistió a actos de crueldad terrible, que, por cierto, siempre son inferiores a los que puede llegar a cometer un ser humano.

Teoría de la mente

Uno de los grandes investigadores, y que probablemente ha aportado más en el campo del estudio de las emociones en los primates, es Frans de Waal. ¿La empatía es un invento puramente cultural o tiene bases genéticas? ¿Es sólo un rasgo nuestro o lo compartimos, en alguna medida, con otros animales?

¿El hecho de que tenga base genética lo desacredita? ¿Acaso los aspectos más fuertes de la cultura no acaban siendo seleccionados genéticamente sin por ello anular nuestra libertad y responsabilidad moral? En todo ello han investigado autores como De Waal, Michael Tomasello, William David Hamilton, Lee Dugarktin o Marc Bekoff y Jessica Pierce. Y de manera paralela, el fisiólogo y biogeógrafo Jared Diamond.

Es difícil pensar que algo tan fuerte y duradero como la empatía esté sostenido sólo por lo que Kant pensó dentro de una voluntad racional por el bien, sin un apoyo instintivo en lo bueno... La empatía sería, para los primatólogos señalados, no un rasgo evolutivo reciente sino muy remoto y compartido en alguna medida –pero eso es suficiente para alterar las bases de lo que se ha pensado al respecto– con el linaje de los mamíferos. El mimetismo motriz y el contagio emocional están en la base de este sentimiento, que en el ser humano alcanza proporciones enormes gracias a lo que se denomina «teoría de la mente»: la capacidad para ponerse en el lugar del otro.

Pero lo que el profesor de Ciencias Biológicas y Neurología de la Universidad de Stanford Robert Sapolsky (Brooklyn, Nueva York, 1957) estudia en *Memorias de un primate* (Capitán Swing) no son los primates más cercanos filogenéticamente a nosotros, sino los babuinos. Sin embargo, este libro es mucho más: unas memorias de su vocación como primatólogo; un

testimonio de sus investigaciones de los monos salvajes en Kenia; un estudio sobre las relaciones del estrés y las enfermedades derivadas por su causa en el mundo animal, que arroja luces valiosas para nuestro propio estrés. También es un libro lateral sobre política africana y sobre cuestiones de tribalismo.

Leones y hormigas

El autor no es el mismo al final del libro. El periodo que ocupa es algo más de veinte años: el joven Sapolsky, pacifista y vegetariano, admiraba a algunos primatólogos y soñaba con internarse en África. Se preparó para enfrentarse a serpientes venenosas y búfalos, pero lo peor, como pudo comprobar *in situ*, eran los numerosos bichos que encontraba en la comida, por no hablar de criaturas más pequeñas que los leones, y que pueden ser más mortíferas: las hormigas. «Quería cargarme de miedo –admite– y ver cosas increíbles para contarlas después». Y las vio. Y las contó.

Tuvo que vérsela con los masái, ese pueblo que bajó en el siglo XIX de los desiertos del Norte, y al instalarse en Kenia desplazó a los kikuyos de las zonas fértiles del centro. Estos nómadas, pastores de vacas, se han opuesto a todos los cambios (muchos realmente atroces) de la invasión occidental, o de cualquier tipo de desarrollo. El tradicionalismo de los masái, que en la alimentación supuso el consumo casi exclusivo de leche y sangre de vaca, ha tenido consecuencias en un déficit crónico de proteínas. Las aventuras que

DEMUESTRA QUE LA ECUACIÓN «TESTOSTERONA MÁS AGRESIÓN IGUAL A SUPREMACÍA» NO ES CIERTA

LAS AVENTURAS CON LOS MASÁI FORMAN PARTE DE LO MÁS TERRIBLE Y DESTERNILLANTE DEL LIBRO



¿Quién es Sapolsky?

El norteamericano Robert Sapolsky (arriba) es profesor de Ciencias Biológicas y Neurología de la Universidad de Stanford e investigador asociado en el Museo Nacional de Kenia. En «Memorias de un primate» (Capitán Swing; 23 euros) cuenta su experiencia con los babuinos en África y «relee» la obra de sus predecesores; entre ellos, Dian Fossey (sobre estas líneas), de quien escribe: «Lo único que deseaba era ser un gorila más»

vivió con los masái forman parte de lo más terrible y desternillante de este libro.

El aspecto científico de su aventura radicó en descubrir el nexo «entre la conducta social del babuino, su estatus social y su vida emocional y las enfermedades que contrae, sobre todo las relacionadas con el estrés». En otro sentido, *Memorias de un primate* es un libro de cultura comparada, llevada a cabo tanto desde el rigor como desde el humor, algo que no excluye la objetividad. Dentro de los aspectos desmitificadores, están las páginas dedicadas a Dian Fossey, a quien considera valiosa por sus observaciones, inéditas hasta entonces, sobre los gorilas, pero que realizó «pocas aportaciones científicas dignas de mención». «Lo único que deseaba –afirma Sapolsky– era ser un gorila más».

Nivel de testosterona

En cuanto a las aportaciones del mismo Sapolsky, observó –entre otras cosas– que entre los babuinos, en una jerarquía estable, no eran los machos dominantes los que presentaban los niveles de testosterona más elevados, sino los adolescentes con ganas de pelea, y por lo tanto la ecuación que se había tenido por válida, «testosterona más agresión igual a supremacía social», no era cierta.

Como tantos intentos de salvar especies y a veces sólo de defender a algunos grupos, el final de esta historia acaba mal. La de Sapolsky está precedida por el Holocausto judío y, al recapitular su larga experiencia africana, percibe la ceniza en la que todo acaba, aunque hay algo hermoso en el acto de tratar de saber, de hacer el bien y de contemplar, insertos en el viento que nos lleva, la quietud remota de una mirada.